



Cohesión social e identidad

Memoria

(Comarca Lagunera 20-27 de marzo y 3 de abril de 2014)

IBERO
TORREÓN



COHESIÓN SOCIAL E IDENTIDAD

SALVADOR SÁNCHEZ PÉREZ, SJ
Coordinador

MEMORIA
Comarca Lagunera,
20 y 27 de marzo y 3 de abril de 2014



Cohesión social e identidad

Salvador Sánchez Pérez, Diana Cecilia Torres Álvarez, David Pérez Ortiz, Fabiola Favila Gallegos, Francisco Rodríguez Lozano, Julieta González, Jorge Reyes Casas, Nahúm Ruiz Estudillo, René Alonso Esparza Coronado, Braulio Gerónimo Loera de la Cruz.

Temas:

La Laguna (Coahuila, Durango : México) – Identidad

La Laguna – Vida social y costumbres

F 1266 L3 C6 2014

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN

Héctor Acuña Nogueira, SJ

Rector

Andrés Rosales Valdés

Director General Educativo

Salvador Sánchez Pérez, SJ

Coordinador del Campo Estratégico de Acción Fe-Cultura SUJ

Jaime Muñoz Vargas

Coordinador del Centro de Difusión Editorial

SEMINARIO DIOCESANO DE TORREÓN

P. Aurelio González Rodríguez

Rector

Julio César Félix Lerma

Jaime Muñoz Vargas

Edición

Yoloxochitl Carranza Magaña

Portada

1ª edición, Torreón, 2014

DR Universidad Iberoamericana Torreón

Formación Universitaria y Humanista de La Laguna, A.C.

Impreso en México

INTRODUCCIÓN

En torno a la participación ciudadana

Salvador Sánchez Pérez, SJ

El foro *Cohesión social e identidad* fue propuesto como espacio de discusión sobre temas que competen a la sociedad de nuestra región, con actores jóvenes que protagonizan o bien analizan estos procesos. En un ambiente académico cordial y sencillo se plantearon ideas, se escuchó, se dialogó sobre ellas, lo que generó no conclusiones, sino, en todo caso, nuevas preguntas que nos permitan seguir avanzando.

Parece que el *leit motiv* de estos diálogos ha sido la categoría *participación ciudadana*, como se discutió con vigor durante las charlas del foro y queda plasmado en el texto. La participación ciudadana se ha mostrado como el complemento necesario de la democracia representativa, el modelo vigente de democracia en las sociedades contemporáneas de Occidente.

La Laguna no ha estado exenta a esta dinámica. Si bien la crónica del acontecer cotidiano de la vida de las sociedades se va librando a través de los medios de comunicación, parece necesario un proceso reflexivo de la misma sociedad para intencionar más decididamente su gestión.

El foro se realizó en la librería Gandhi de Torreón a las 19:00 horas de tres jueves seguidos (20 y 27 de marzo y 3 de abril de 2014). Esta estructura ha quedado reflejada en el texto con la inclusión de todas las participaciones.

En la primera parte se aborda el tema de la identidad de los habitantes de la Comarca Lagunera como una identidad en construcción. Los foristas recuperan algunos de los elementos teóricos que constituyen esta categoría desde diferentes perspectivas. Diana Torres Álvarez explora las conexiones entre ciudadanía e identidad. Por su parte, David Pérez Ortiz la relaciona con determinados

comportamientos e interpretaciones de mundo para establecer tres paradigmas de identidad.

La segunda parte corresponde al análisis sobre intervenciones culturales para atender situaciones límite de violencia y marginación sociales. Fabiola Favila Gallegos sustenta una postura que nace de su experiencia como responsable del área de Comunicación Educativa del Museo Arocena, donde ha coordinado un ingente esfuerzo institucional por acercar el museo a niñas y niños de la región con los frutos ahí consignados. Por su parte, Francisco Rodríguez Lozano hace un acercamiento crítico, por sus alcances, estructura y planteamiento, a iniciativas gubernamentales, señala límites importantes y hace explícito el potencial no sólo del arte en abstracto, sino de otras iniciativas históricas planteadas con visión de amplio espectro.

En la tercera sección, Julieta González, Jorge Reyes Casas y Nahúm Ruiz Estudillo explicitan las tensiones que hay entre el potencial que presenta la participación ciudadana y los límites que impone el sistema político tradicional. Su perspectiva no es meramente teórica, antes bien, el análisis se centra en la práctica profesional de cada uno de ellos, como comunicadores, analistas o protagonistas de procesos sociales en la región.

En la última parte se presentan los textos de Braulio Gerónimo Loera de la Cruz y René Alonso Esparza Coronado, estudiantes de la materia Filosofía Social y Política de la licenciatura en Filosofía del Seminario de la Diócesis de Torreón.

Vale decir finalmente que el foro sobre el cual se construye este texto se ha realizado como la actividad local, en la Universidad Iberoamericana Torreón, del Campo Estratégico Fe y Cultura del Sistema Universitario Jesuita (SUJ). La pregunta que orienta la reflexión más amplia de este trabajo es aquella que indaga por las alternativas para mantener la cohesión en las sociedades contemporáneas, pues la religión que durante siglos hizo esta labor ya no es tan relevante como solía ser en el contexto secularizado de la cultura occidental globalizada.

COHESIÓN SOCIAL
E IDENTIDAD

1. LA IDENTIDAD LAGUNERA EN CONSTRUCCIÓN

1.1. La participación ciudadana, un asunto público pero no de todos Diana Cecilia Torres Álvarez

Hablar hoy de participación ciudadana obliga a insertar el debate en un marco dibujado por el fortalecimiento de las democracias como guía de sus límites. El llamado «boom de la sociedad civil» en la Comarca Lagunera, encabezado en los últimos años por el surgimiento de colectivos ciudadanos con alta presencia mediática, corre el riesgo de situar a la movilización de ciudadanos en torno a una acción o causa como un elemento que haga parecer que contamos con una mejor democracia; sin embargo, desde la perspectiva de la evolución democratizadora de las sociedades latinoamericanas (por compartir rasgos generales de entendimiento ciudadano a la nuestra), estas movilizaciones no conllevan, en todos los casos, un verdadero aporte democrático.

Comencemos entonces por definir de qué hablamos cuando discutimos sobre nuestras democracias. Resulta interesante ver cómo se ha compartido, no sólo por los ciudadanos de a pie, sino por la propia autoridad, un discurso centrado en la fuerza de la democracia a partir del sistema electoral. A partir de 1994, el nacimiento del Instituto Federal Electoral (recién muerto, por cierto) dibujó una puerta que pareció hacernos entrar en un estadio de mayor solidez democrática al tener un cuerpo cuyo trabajo fuera garantizar elecciones justas, claras y equitativas. Las instituciones electorales, el valor del voto y la equidad de las contiendas son, sin duda, el corazón de todo sistema representativo, pero no lo son todo. Años más tarde se pensó que con el cambio de partido en el poder estaríamos entrando a una fase aún más profunda de nuestra calidad democrática. Adam Przeworsky, profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Nueva York, conceptualiza a la democracia como «un sistema donde los partidos pierden elecciones». A veinte años

de aquel primer gran paso, la realidad social, económica y política de nuestro país indica que no hemos entrado —o comprendido aún— a lo que el profesor alemán Wolfgang Merkel ha llamado *democracia liberal blindada*.

¿Qué debemos entonces tomar en cuenta al hablar de una democracia? El modelo planteado por Merkel, y replicado por Freedom House como indicador de calidad democrática en su ranking anual global, plantea un esquema donde el sistema electoral está al centro y rodeado de cuatro elementos circundantes: derechos civiles, libertades políticas, rendición de cuentas y transparencia y estado de derecho.¹ Todas ellas, rodeadas por un Estado fuerte y éste, a su vez, rodeado por una sociedad civil.²

Bajo este complejo modelo democrático, debemos entender que no es posible seguir hablando de democracia en función de un sistema de elecciones (por más perfecto que sea), si el Estado y los ciudadanos no garantizamos un pleno acceso y ejercicio de libertades, impartición de justicia, rendición de cuentas y, sobre todo, una sociedad civil lo suficientemente fortalecida para ejercer sobre todo lo anterior una acción de vigilancia y, sobre todo, incidencia.

A partir de aquí situamos a la sociedad civil con una responsabilidad mucho mayor a la que la historia reciente le ha dado. La acción colectiva ciudadana no suma al quehacer democrático, sino que lo permite y garantiza.

En este punto, resulta importante cuestionar el entendimiento que los propios ciudadanos hacen de su rol dentro de la democracia.

¹ Merkel considera a la rendición de cuentas como un modelo horizontal en el que, retomando a O'Donnell, las autoridades electas sean supervisadas por una serie de organismos con cierta autonomía y poder sobre su permanencia.

² Los conceptos originales, para efectos de comprensión en función de la traducción, son «electoral regime» (centro); «civil rights», «political liberties», «horizontal accountability» y «effective power to govern» (cuatro elementos que rodean al sistema electoral); a su vez rodeados por «stateness» y éste por «civil society».

Muchas de las muestras de movilización ciudadana responden a un modelo ilustrado de la acción política con una división de actores, entre «ellos» (los políticos) y «nosotros» (los ciudadanos) donde, en el mejor de los casos, nosotros los vigilamos, les proponemos o les exigimos. A este modelo corresponden muchas asociaciones que, con diversos intereses o ejes de acción, se enfrentan a la autoridad incluso enarbolando la bandera de ser un «contrapeso».

Si bien esta acción contribuye a ampliar las oportunidades de acceso a información y cierta incidencia en el diseño de políticas públicas, amplía la brecha entre las responsabilidades de unos y otros, contribuyendo, de forma preocupante, al debilitamiento del sentido de lo público y lo colectivo.

Mientras «ellos» se hacen cargo y «nosotros» los ayudamos, nunca terminamos por ser «todos» en torno a lo «nuestro». Así, el quehacer ciudadano se desapropia de lo público al verlo como una acción del otro en la cual contribuyo «si soy responsable y buen ciudadano».

En este sentido, el problema en torno al entendimiento de la colectividad y lo público, engendra conceptos de acción que luego terminan por fortalecer la división que, por la naturaleza de los pesos en la balanza, siempre beneficia a quien ostenta el poder y la autoridad en un modelo representativo: los gobernantes.

Resulta muy revelador cómo los espacios que pertenecen a más individuos son los menos apropiados (en el sentido de pertenencia, que termina por convertirse al sentido de la eficiencia). Los baños de nuestras casas son algunos de los espacios más limpios en el hogar de una familia; sin embargo, el baño de una plaza pública, al que acceden decenas de personas en un día, puede llegar a ser una seria muestra de trato indigno para quien pretenda usarlo. El jardín de nuestra casa es, para quien guste de la jardinería, un espacio al que se le dedican todo tipo de recursos en su embellecimiento, mientras que el parque en una colonia es la más clara muestra de abandono, aún cuando los niños, jóvenes y familias de las casas con hermosos jardines lo usen a diario.

La incomprensión del sentido de lo público, que es parte de un círculo sin salida entre los problemas de todos, la ausencia de soluciones colectivas, las respuestas individuales que acrecientan los problemas de todos... En este vicio sin fin, la creación del sentido de lo público, comprender que «lo que es de todos» no debe llevar a que «no sea de nadie», contiene una parte de la punta al enredado sistema de acciones individuales y colectivas.

Así pues, el «boom» de asociaciones debe verse con la cautela que implica varios riesgos de un desbalance a partir de los contrapesos, sin que esto signifique desanimar la organización colectiva y su participación, nunca. Lo que se plantea es una participación que se asuma de forma horizontal, ese «horizontal accountability» debe ser ejercido entre ciudadanos que se ven ante sus gobernantes a la misma altura, pero también entre ciudadanos y organizaciones.

El cuestionamiento de origen sobre cuán transparente, legal, incluyente o respetuoso de las normas se es, no es un planteamiento que deba hacerse sólo de organizaciones a gobernantes; son preguntas que deben hacerse de ciudadanos a ciudadanos. Si no somos capaces de hacerlo, seremos nosotros mismos quienes ampliemos la brecha entre «ellos» y «nosotros».

El surgimiento de movimientos formales y organizados abre, además, otro riesgo: el de una sociedad civil que se entiende a sí misma como «ciudadanos de primera» versus «ciudadanos del montón», aquellos que además de intentar vivir de forma digna y legal no pueden, no quieren o no saben cómo participar a través de una causa identificable.

Un tercer riesgo está implícito en el sistema actual de entendimiento a partir de la otredad: la «politización» de la ciudadanía como un elemento hasta de desprestigio. Organizaciones que alzan la voz para gritar que «no somos políticos» sin comprender que, en la política real, son los más políticos entre los políticos, o aquellos que, por el contrario, asumen causas ciudadanas intentando insertarlas en modelos de política tradicional sin reparar en que mientras falten las voluntades, las formas salen sobrando.

Hoy, la sociedad civil debe mostrar voluntad de ser el origen del todo que es de todos y los pilares de la acción colectiva. Finalmente, es sólo la participación ciudadana la que puede hacer funcionar una democracia y si bien mucho se ha debatido sobre en qué temas y en qué intensidad debe darse ésta, la realidad actual nos muestra que el cuestionamiento debe girar el enfoque hacia el interior de los procesos colectivos.

Cada día es más claro cómo hacer que el ciudadano se involucre en la vida democrática de su ciudad y aunque se sigue trabajando día a día en fortalecer los mecanismos y atraer a más ciudadanos a los movimientos formales, lo cierto es que hoy ya no basta con preguntarse cómo hacer que la gente participe, sino cómo generar un sentido de ciudadanía y compromiso democrático que trascienda a las organizaciones y llegue a las familias, los barrios y las formas más líquidas de colectividad. Finalmente se trata de generar «ciudadanos de a pie», no de estandartes.

1.2. Propuesta de paradigmas
de cohesión social en la Comarca Lagunera

David Pérez Ortiz

Este sencillo ejercicio no busca reflexionar el pasado sino dar cuenta del presente considerando el proceso histórico social que sirvió para llegar aquí. Se busca proyectar el presente articulando continuidades y diferencias, porque toda sociedad es cambiante, así su cultura —la manera compartida de percibir, vivir, interactuar, expresar y materializar lo que la existencia es y requiere—, no aparece un día de la nada, sino que es producto de los procesos de cambio que vive esa sociedad.

Nos preguntaremos en qué medida las acciones sociales presentes se están construyendo a partir de significaciones del pasado. Qué podemos advertir sobre los antiguos caminos y cómo salir en búsqueda de nuevos, si es que esto fuera posible.

No postulamos un origen monolítico creador del presente sino que partiremos del supuesto de que la sociedad está compuesta por distintos *paradigmas*, cada paradigma orienta un subsistema que junto con otros integran un gran sistema que llamamos *realidad* o *configuración social*. Lo que sí proponemos es identificar una variable social que nos permita establecer una referencia para hablar de pasado reciente y del presente en construcción de la Comarca Lagunera. El punto de partida es un microhorizonte de estudio que explicamos como sigue.

Hace apenas una década La Laguna era una región en la que se creía que no pasaba nada, y a esa situación se le llamaba *paz*, porque se podían realizar las actividades cotidianas sin mayor contratiempo. En todo caso, el sobresalto era provocado por un repentino cambio de clima que interrumpía el también continuo soleado del semidesierto.

Durante la última parte del siglo pasado nos acostumbramos a esa cotidianidad pasmosa que llamamos «Comarca Lagunera», en

contrasentido de su origen histórico y de su identidad emprendedora e innovadora de otros siglos. Pareciera que colectivamente olvidamos nuestro pasado, creímos que habíamos vencido al desierto y que teníamos una de las ciudades más pacíficas para vivir, porque simplemente no pasaba nada.

Cuando inició una serie de sucesos violentos que desconcertó el aparente orden social convenido hasta ese momento, fue cuando comenzamos un proceso que hizo evidente la descomposición social, proceso que hasta el día de hoy no ha sido documentado ni reflexionado; es natural, aún estamos metidos en este orden social violento, aunque algunos quieran hacer parecer lo contrario. Las presentes balaceras, los aún múltiples secuestros y extorsiones, indican que esta etapa todavía no ha quedado atrás.

La historia científica como tal nace historizando la violencia humana y las reacciones a ésta, por lo que se hace necesario analizar cómo este microhorizonte histórico ha sido detonante de variadas acciones colectivas e individuales, y cómo éstas han sido casi de reacción inmediata, de respuesta ante una necesidad imperante. En muchas ocasiones, cuando esto sucede, reacciones inmediatas a problemas complejos, no hay mucha oportunidad de plantearse un paradigma colectivo y consensuado de la identidad que se quiere construir en la nueva coyuntura social, por lo que se hace necesario preguntarse a qué están respondiendo y hacia dónde podemos evolucionar o involucionar con las actuales prácticas de cohesión social de reacción inmediata.

El *primer paradigma* al complejo fenómeno de la violencia social lo denominamos aquí *reaccionario*; es la tendencia a desear volver a vivir como antes. Preferir el pasado por conocido siempre despierta más seguridad que un posible nuevo futuro incierto. Así tenemos discursos políticos, económicos, religiosos que hacen votos por volver a recuperar lo que antes fuimos, como si las condiciones en las que vivíamos antes fueran las mejores para todos, aunque sin duda que lo eran para algunos, pero no para la mayoría. Precisamente una detonación tan alta de violencia refleja

el grado de descomposición social que se convirtió en campo de cultivo para grupos de narcotráfico que operaban en la región y a los que se les fueron sumando otras organizaciones delictivas por la disputa de la plaza.

Quizá esta «parcela», la de la inequidad social, el poco acceso a la aplicación de justicia, el abandono de los elementos que generan cohesión en las bases sociales, ha sido la única verdaderamente rentable y autosustentable en la última década del agro lagunero.

El *segundo paradigma* contiene acciones positivas, es el de *urbes del siglo XXI*, sólo por darle un nombre que las agrupe. Es la tendencia a cerrar calles para hacer paseos peatonales, organizar paseos ciclistas, convocar a reuniones de mascotas por las redes sociales, barrer las calles, promover una escala axiológica determinada como la alegría o la felicidad. Estas actividades tienen su origen en un horizonte económico y cultural muy distinto al nuestro, pero no completamente ajeno. Se trata de acciones propias de ciudades del siglo XXI en el contexto de un mundo globalizado. Acciones que si bien se sustentan en el discurso de «lo lagunero», no tocan fondo en los problemas reales de la sociedad.

En el ambiente de pérdida de la seguridad, una de las necesidades básicas del ser humano, y los efectos que esto genera (miedo, angustia, ansiedad), estas acciones han sido el verdadero nuevo «bosque urbano» para la región, un auténtico respiro, aunque sea momentáneo, para recuperar una ligera esperanza de vida en la región. En la base de la mayoría de estas acciones han estado ciudadanos propositivos y creativos que han logrado reconquistar algo del espacio público, lo que siempre abona al proceso de cohesión social.

Historiar es dar cuenta del cambio y de la continuidad, estas acciones que nos aparecen como novedad han tenido en su proceso de conformación algunos elementos de continuidad con la identidad lagunera previa al proceso de cambio de vida social que generó el clima de violencia. Cuando hay «nuevas» propuestas pero tienen los mismos actores y las mismas mentalidades es muy

difícil atreverse a afirmar que hemos aprendido la lección, que realmente nos estamos configurando como nuevos actores sociales para generar una nueva identidad.

Si estas acciones pretenden ser realmente el camino para la construcción de un nuevo paradigma de identidad, deben iniciar por superar las limitaciones del paradigma anterior, no pueden ser acciones que se pretendan totalizantes y al mismo tiempo no ser excluyentes o indiferentes del resto de grupos con los que comparten un mismo escenario social. No pueden pretender ser generadores de cohesión social con la misma falta de unidad de otras épocas, donde el liderazgo lagunero se ha caracterizado porque las cosas sólo las puede hacer una persona y ninguna causa es más fuerte que los intereses personales del protagonismo.

Es el caso, en la historia contemporánea, de dos grupos de ciclistas y dos grupos de atención a víctimas de desaparecidos, donde los segundos nacen de la falta de liderazgos integradores y realmente propositivos. Dos paseos recreativos, uno oficial y el otro ciudadano que en un tiempo coexistieron como propuestas culturales separadas que coinciden en un mismo espacio geográfico. Asociaciones ciudadanas que han surgido sólo cuando vieron tocados sus intereses particularísimos, pero que, cuando el problema social de la violencia dejaba muertos por muchos lados, no les interesó solidarizarse; por lo tanto, es muy difícil afirmar que su propuesta sea fruto de una apropiación de los problemas que nos aquejan a todos; parece más bien una respuesta al trastrocamiento de su realidad individual.

Estas grietas en el escenario actual son muy parecidas a las que había anteriormente a la expresión de violencia social. Antes y también ahora tenemos por ejemplo uniones empresariales que compiten entre sí, una asociación ganadera que existe de forma pero que frente a los problemas comunes muestra una clara desunión, dos porras de aficionados al mismo equipo de fútbol que son irreconciliables, distintas asociaciones de campesinos que sólo velan por el interés de la propia asociación y contemplan con indiferencia

el despojo que les hacen a otras asociaciones, aunque sepan que el despojo también les llegará a ellos un día.

Como podemos ver, al menos aquí en La Laguna, el egoísmo de buscar sólo el beneficio particular y ejercer un liderazgo que margina no distingue entre los de abajo y los de arriba, entre los de origen pseudoaristócrata por tener apellido extranjero y los de apellido tlaxcalteca; todos en su origen, al llegar a estas tierras, muy cristianos y muy católicos.

Algunas de las acciones que arbitrariamente agrupamos en este segundo paradigma están teniendo cada vez mayor convocatoria pero sus formatos y contenidos no se han ampliado lo suficiente para capitalizar la privilegiada presencia de ciudadanos en sus eventos u organizaciones. Es necesario que los compromisos que originaron estas nuevas acciones en el escenario lagunero lleguen a cada nuevo participante, de lo contrario tendremos grupos organizadores que tienen claro por qué lo hacen y el resto, que será la mayoría, limitado a convertir su participación en la «fotito» para el *Facebook*, a ser activista social del *retweet*, o, en el peor de los casos, a convertir estos foros ciudadanos simplemente en espacios de consumo.

Un *tercer* grupo de acciones que se pueden agrupar en un *paradigma* común es el de los que centran sus esfuerzos en el *trabajo con los más desposeídos*; en su mayoría suelen estar encabezados por personas que no tienen el mismo capital cultural que el de los grupos anteriores, por lo tanto es más difícil que sean visualizados. Expresiones colectivas posteriores a la ola de violencia social como lo son el «Colectivo Los Nadies, Región Lagunera» o «Los Necios», tenemos otras agrupaciones anteriores al fenómeno social violento como «Wacha mi barrio». Sus acciones van orientadas en su mayoría a la concientización de los problemas sistémicos y a la atención solidaria de los que viven disminuidos en su dignidad.

Las agrupaciones identificables en este paradigma suelen trabajar en zonas geográficas muy concretas, en el cinturón de pobreza que está a las faldas de los cerros al sur de la ciudad y en las zonas no-habitacionales de reciente creación al oriente.

Las acciones orientadas a esta geografía permiten establecer otro elemento de continuidad con nuestro pasado reciente, ya que el lugar a donde llegan contrasta mucho con el aparente progreso y auge económico que está surgiendo en la parte norte del bulevar Independencia y en el primer tramo de la carretera Torreón-San Pedro, donde la apertura y remodelación de bares, restaurantes, antros, cafés, etc., hacen parecer que aquí no pasó nada, que en los últimos diez años aquí nadie murió ni fue secuestrado. Parece que resurge la antigua ciudad emprendedora, una «ciudad que vence», que antes creyó haber vencido al desierto y que ahora invita a creer que ya ha vencido a la violencia.

Este bloque de colectivos y acciones interpelan decididamente a todo posible orden social o nueva identidad. Según ellos es inviable cualquier imaginario colectivo que se construya excluyendo sectores de la sociedad bajo un discurso de éxito, triunfo y logro personal.

Con lo hasta aquí dicho nos parece que es difícil establecer con claridad cuál es el paradigma global que está generando identidad o identidades laguneras en la actualidad, pues los aquí presentados, que no pretenden ser todos, son inconclusos y hasta paradójicos; la única conclusión que se puede asomar aquí es que la reflexión sobre nuestras prácticas actuales de participación social nos abre la posibilidad de concientizar un proceso que está en construcción.

Nos permite identificar que participamos de un momento histórico que se puede convertir en generador de identidad o simplemente anecdótico; vivimos un campo fértil para construir auténticos símbolos que sirvan para una cohesión social incluyente que nos oriente hacia un nuevo estadio de una historia social local o simplemente dejarnos conducir por los indicadores globales generadores de discursos unívocos para las sociedades presentes.

Concluimos regresando al contexto social que nos sirvió de referente en este esbozo de historización: la violencia social. Afirmamos que no es la primera vez que el lagunero se enfrenta a la necesidad de satisfacer un elemento básico para su supervivencia:

la seguridad. La pregunta aquí es cómo piensa resolverlo la generación presente, y quizá en este momento habría que preguntar si ya se ha tomado conciencia de aquello que se tiene que resolver o simplemente será preferible olvidarlo.

En caso de que el olvido sea la opción colectiva, tampoco sería la primera vez que la sociedad lagunera dé una «simple vuelta a la página» a un tipo de organización social que generó violencia; se estaría optando, como ya lo hizo otras veces esta sociedad, por ocultar silenciosamente aquello que no queremos ver y que no queremos que otros vean de nosotros.

2. CULTURA Y PREVENCIÓN SOCIAL

2.1. *La cultura como medio de prevención*

social: alcances y límites

Fabiola Favila Gallegos

Sabemos por la historia que una necesidad indispensable del hombre ha sido la expresión artística desde donde pueden transmitirse las emociones, las posturas ideológicas, religiosas, amorosas, etc.

Hombres y mujeres han encontrado en la cultura un espacio de expresión, en muchos casos catártico. En la historia del arte existen muchos ejemplos que pueden ilustrar esto; menciono sólo tres conocidos: en uno de sus autorretratos, Van Gogh dejó testimonio de su automutilación provocada, según los historiadores, por un desamor; Picasso plasmó con su pincel, en el Guernica, un terrible suceso ocasionado por la guerra; Frida Kahlo, significativa representante de la forma en la que podemos ayudar a trascender nuestro sentir (y nuestro dolor) por medio del arte, entre otros.

En los últimos años, nuestra sociedad, en específico la lagunera, ha vivido momentos con diferentes crisis: la económica, de valores, pero la que más ha impactado es la de inseguridad. Y al mismo tiempo, estos eventos negativos han promovido que la sociedad lagunera se solidarice y se generen iniciativas positivas que fomentan que en Torreón se vaya gestando un cambio.

A. Sobre las acciones culturales

La cultura propicia una reflexión sobre las condiciones de una sociedad, contribuye a prevenir la violencia y otros males de la humanidad, al tener la capacidad de reclamar y movilizar un cambio pacífico.

Los museos, espacio desde el cual me toca trabajar y actuar, son instituciones que define el ICOM (Consejo Internacional de Museos) de la siguiente manera: «Un museo es una institución

permanente, sin fines de lucro, al servicio de la sociedad y abierta al público, que adquiere, conserva, estudia, expone y difunde el patrimonio material e inmaterial de la humanidad con fines de estudio, educación y recreo».

Si resaltamos la frase «al servicio de la comunidad» tenemos clara la misión, lo que debemos hacer. Hemos de apostar por la conciencia social para contribuir a disminuir la violencia proponiendo actividades y proyectos que generen una o diversas reflexiones, un cambio de paradigma de nuestra forma de percibir y vivir nuestra ciudad. Los espacios culturales permiten que niños y jóvenes se expresen, son espacios incluyentes donde se provoca la reflexión sobre problemas comunes.

En cada una de mis tareas busco promover valores de respeto y tolerancia para, de esta manera, ayudar a construir una sociedad más participativa y comprometida.

Una de las experiencias más cercanas para mí, que ilustran mejor lo que se puede lograr a partir de las redes de trabajo para un bien comunitario, es el Programa Educativo del Museo Arocena que tiene como objetivo que todos los estudiantes de educación básica del Estado de Coahuila visiten de manera gratuita el Museo y participen en recorridos guiados, talleres artísticos, rallies y charlas acerca de un tema artístico, histórico o algún problema social. Este proyecto ya ha arrojado frutos que podemos resumir como sigue:

a) Experimentar el resultado de la suma de esfuerzos de diferentes instituciones públicas y privadas por un bien común. Un gran trabajo de acciones y de comunicación entre el gobierno estatal, la Secretaría de Educación Pública de Coahuila, la comunidad, las universidades y preparatorias, las empresas privadas y el museo. Todos nos sumamos al proyecto de la educación de los niños y jóvenes laguneros.

b) Lograr que más de 164,000 estudiantes y profesores hayan disfrutado y experimentado de forma gratuita las exposiciones de arte e historia que el museo ofrece, al dejar este programa como

proyecto permanente, el traslado diario de estudiantes y maestros en cuatro camiones con la garantía de seguridad para todos.

Este proyecto no sólo brinda a los estudiantes una visita gratuita al Museo de arte de la ciudad, sino que les ofrece un panorama nuevo de su entorno, de su vida, al mostrarles nuevas realidades a las que puede tener acceso. Por ello nos hemos planteado como objetivo «Que los estudiantes puedan descubrir en el Museo un espacio de goce en sus momentos de ocio, y así establezcan una relación de calidad con su medio ambiente».

Queremos provocar y fomentar en los jóvenes orgullo por su ciudad, por su patrimonio, y, por ende, cuidar la ciudad en todos los aspectos. «Además de los beneficios cognitivos o físicos del aprendizaje o la educación en las artes, la experiencia del arte, la acción creadora y el acto creador son en sí necesarios y saludables, por cuanto nos procuran anclajes con la vida, con nuestra propia biografía, con nuestro propio cuerpo que siente e imagina», afirma el profesor Óscar Eduardo Torres García en “La educación a través del arte como instrumento básico de la enseñanza superior”, su tesis doctoral en la Universidad de Madrid.

Quienes trabajamos con y para personas sabemos el potencial incluyente de la cultura y sus posibilidades para resolver conflictos, pues desarrolla la capacidad crítica y autocrítica y, sobre todo, la tolerancia. La cultura es una herramienta de transformación que incluye a grupos regularmente marginados de la oferta cultural.

Otro ejemplo relevante que me permito mencionar es el de los Talleres Comunitarios de Zegache, en Oaxaca.

El pintor Rodolfo Morales dedicó la última parte de su vida a recuperar y restaurar el templo de Zegache, y creó los talleres comunitarios para beneficio de sus vecinos. El proyecto, en un inicio, enseñó a las mujeres del pueblo un oficio que las convirtiera en protectoras de la iglesia, participando en su rescate arquitectónico y en los acabados artísticos, revalorando la iglesia no sólo como centro espiritual, sino como centro social y cultural.

Estos talleres sensibilizan a los habitantes frente al cuidado de lo propio, al recuperar la riqueza perdida a través de los años y conservar el valor cultural que poseen.

Los oficios recuperados a través del proyecto son la restauración de pintura mural, talla de madera, carpintería, aplicación de hoja de oro y de plata y bordado a mano, que es una artesanía local. En este último se involucran las mujeres mayores del pueblo.

Debo resaltar que a partir de expresiones artísticas, amor por su tierra y ganas de trabajar, han salido adelante muchas familias oaxaqueñas junto con la rehabilitación de su pueblo.

Las soluciones deben ser integrales, debemos ofrecer las mismas oportunidades a toda la sociedad. La cultura ha de ser siempre incluyente y debe posibilitar mayores beneficios para la comunidad, pues siempre será menos costoso prevenir que rehabilitar.

La práctica regular de una actividad artística aporta grandes beneficios a la formación de cualquier persona y es un medio potencial para la prevención de la violencia en sus múltiples manifestaciones. El contacto con el arte tiene la posibilidad de desarrollar habilidades creativas en las personas, mejora la autoestima, la convivencia, la formación de valores y, por ende, el mejor desarrollo social.

La cultura no es un privilegio, es un derecho de rango constitucional. El artículo 4° de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos dice:

«Toda persona tiene derecho al acceso a la cultura y al disfrute de los bienes y servicios que presta el Estado en la materia, así como el ejercicio de sus derechos culturales. El Estado promoverá los medios para la difusión y desarrollo de la cultura, atendiendo a la diversidad cultural en todas sus manifestaciones y expresiones con pleno respeto a la libertad creativa. La ley establecerá los mecanismos para el acceso y participación a cualquier manifestación cultural».

B. Los museos como espacios de aprendizaje social

Los museos son centros que ofrecen actividades culturales y educativas que involucran a todos los grupos sociales y buscan

provocar una reflexión y/o una confrontación en sus públicos; aspiran a brindar experiencias que fortalezcan a los individuos y ofrecer condiciones para la real inclusión.

Las actividades educativas en varios museos se basan en trabajos de pedagogos o filósofos que han estudiado el comportamiento, desarrollo físico y cognitivo de las personas.

En el caso del Museo Arocena la intención pedagógica que subyace en cada una de las actividades del Departamento de Comunicación Educativa se explica en el cognoscitivismo. Tal afirmación nos lleva a la idea de un espectador que no se determina en esquemas de aprendizaje unívocos, instruccionales o conductuales. Por el contrario, buscamos un espectador activo que aprehenda los estímulos ambientales para significarlos desde su naturaleza mental; así el aprendizaje museal será el «resultado de nuestros intentos por darle un sentido al mundo», como lo señalan las académicas Rosa María Garza y Susana Leventhal en su obra *Aprender como aprender*. Para ello el visitante/alumno se inscribirá en un proceso caracterizado por su experiencia cognitiva previa. Esta perspectiva supone que en el aprendizaje necesariamente confluyen otras dimensiones, además de la intelectual, tales como emociones, expectativas y conocimientos previos.

Las actividades educativas que generamos para los públicos buscan:

- Un espectador o visitante/alumno activo intelectualmente.
- Diseñar proyectos con un esquema estratégico y significativo para cada tipo de espectador desde su realidad cognitiva.
- Usar estrategias que estimulen y/o generen estructuras mentales.
- Una participación del mediador como un facilitador del conocimiento y no como un instructor o mero informador.
- Usar estímulos que propicien los pensamientos crítico y creativo.
- Una planeación anticipada de los contenidos que logre atender a los diferentes tipos de razonamiento y aprendizaje.

Como señala Gilberto Giménez, académico experto en relaciones identidad-cultura, la visión cognoscitiva se identifica plenamente con otra intención del área de educación: manifestar una idea de cultura simbólica integrada a partir de hechos significativos; lo anterior implica abandonar las ideas de cultura que intentan espectadores «cultos» o «incultos», y dar lugar a la experiencia de los símbolos, los sentidos y significados de todo fenómeno o hecho singular (artístico, social o histórico).

A lo largo de la experiencia de siete años de funciones públicas del museo hemos diseñado actividades y proyectos que abarcan todas las edades e intereses. El museo se ha presentado como el lugar ideal donde personas de diversos contextos sociales, económicos, políticos, etc., conviven de manera pacífica, tolerantes y en un ambiente siempre de respeto. Promovemos la tolerancia a la forma de ser o pensar del otro.

Si el museo se presenta como un lugar ideal para entablar un diálogo entre iguales, las obras de arte se vuelven catalizadores en una conversación, donde el maestro y el estudiante, el mediador, el padre de familia, el hijo, son igualmente libres para opinar y reflexionar de un tema en común.

La armonía debe ser un asunto de todos, si valoramos nuestra ciudad, nuestros espacios, si somos conscientes de nuestro contexto, conocerlo es el primer paso para apreciarlo, para apropiarse.

Citando al educador Elliot Eisner, una de las grandes lecciones del arte es que hay muchas maneras de ver e interpretar el mundo.

2.2. Alcances y límites de la cultura como medio de prevención

Francisco Rodríguez Lozano

La cultura es el mayor activo intangible que puede tener una sociedad. El antropólogo inglés Edward Taylor entendió la cultura en el siglo XIX como esa totalidad compleja que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, el derecho, la moral, las costumbres y cualquier otro hábito o capacidad adquirida por el hombre en una sociedad.

Ante este concepto, diferentes académicos reflexionan que el acceso a la cultura en sus diferentes expresiones debería considerarse como un derecho y una forma de inclusión social. Es decir, la cultura debiera presentarse no sólo como un servicio, sino también como un fomento a la protección del patrimonio público; como una estrategia para promocionar la convivencia, la generación de identidad y una herramienta que haga frente a los problemas sociales.

No obstante, en el plano social la cultura sigue siendo un dominio secundario, lo que representa un fuerte reto debido a que las comunidades excluidas, los polígonos de pobreza, las zonas marginadas, la periferia, las rancherías, los ejidos, etcétera, tienen, normalmente una escasa participación y menos consumo cultural.

Y es en estas zonas vulnerables donde, eventualmente y sin que suene a discriminación, se gestan y reproducen los problemas de violencia extrema. Un dato a reflexionar: en los dos años de mayor violencia y homicidios en Torreón, entre el 35 y 40 por ciento de las personas asesinadas, según datos oficiales de la Procuraduría de Justicia, eran menores de 25 años. ¿Qué oportunidades tuvieron estos jóvenes? ¿Alguna vez se toparon con un museo o una escuela de música que al menos intentara seducirlos como lo hicieron las pandillas y las armas?

Las políticas públicas locales se han quedado cortas, distantes, escasas de compromiso. Los gobiernos han gastado millones en

maquillar plazas públicas, creyendo que con eso se rescata un espacio público, pero sin razonar en que no se invierte en las dinámicas de los barrios. Han desembolsado recursos públicos en algún evento o concierto cultural, sin regresar después a esos sitios.

¿Es suficiente con que una vez al año se lleve alguna obra de teatro o un concierto de la Camerata a una zona marginada? Se debe plantear la necesidad de adoptar una manera proactiva de actuar, que no atienda únicamente a la subvención de eventos y actividades, sino que busque diversificar sus mecanismos de intervención y regulación.

Proyectos como el Paseo Colón que se realiza todos los domingos en el centro de la ciudad, son escenarios a celebrar; sin embargo, se reservan para un sector de la sociedad no porque se cobre o sean paseos privados, sino porque para una familia que vive en Zaragoza Sur, Sol de Oriente, La Unión, el ejido San Luis, es prácticamente imposible trasladarse desde sus hogares.

¿A una dinámica cultural responderán de la misma manera los habitantes de la colonia Valle La Rosita, una de las más pobres de la ciudad, que los de la Compresora, al poniente de Torreón? Cada sector social de la ciudad vive en dinámicas diferentes; conlleva identidades diversas. De ahí que la cultura represente un diálogo entre identidad y diversidad, por lo que las políticas culturales deben estar ligadas a los distintos modos de expresión.

Investigadores plantean la posibilidad que la cultura pueda ser un instrumento de progreso social, económico y de identidad, y que para eso no debe concebirse sólo como un mero instrumento, sino como un fin en sí mismo de las sociedades.

Ramón Zallo, catedrático español, escribió que los sistemas culturales permiten estimular espacios de «confrontación territorial» frente a los modelos sociales presentes en una ciudad, buscando propiciar apropiarse de los espacios públicos.

Hace unos años, el gobierno de Medellín, en Colombia, una ciudad azotada por el crimen organizado, lanzó un ambicioso proyecto: mega-parques bibliotecas en zonas populares de la ciudad.

Estos parques son complejos urbanísticos amplios que pretenden transformar la calidad de vida de los habitantes.

El proyecto cultural propaga la inclusión social de comunidades marginadas porque tienen un alto componente de transformación urbanística y arquitectónica del barrio, lo que genera un sentido de integración y responsabilidad. Los parques se vuelven, para empezar, referentes barriales, reflejo de una identidad. Después, los habitantes de esa comunidad se adentran en esas bibliotecas y comienza una transformación que abona a prevenir problemas sociales.

En Venezuela existe el Sistema de Orquestas Juveniles, una red en la que participan más de 350 mil jóvenes y niños, donde «El Sistema», como se le denomina comúnmente, pretende usar la música como herramienta para la protección o rescate de niños inmersos en ambientes nocivos.

En México, el Sistema Nacional de Fomento Musical (SNFM) recientemente cambió su eje prioritario, que era la formación de músicos para nutrir las orquestas nacionales profesionales, para promover y fomentar la música como un bien social, con un programa llamado «Música en Armonía», donde impulsa lo que alguna vez sucedió en la década de los setentas: el movimiento de agrupaciones musicales comunitarias.

En Torreón, el Instituto de Música Santa Cecilia, ubicado en Las Julietas, una colonia popular al sur de la ciudad, apoya a los pequeños de aquel sector marginado para que continúen con una preparación musical. Pero, ¿cuántas escuelas de música existen en Torreón? ¿De artes plásticas? ¿De canto? ¿De teatro?

Torreón cuenta apenas con 16 bibliotecas públicas (aunque la mayoría sólo conozca la biblioteca de la Alameda) para 650 mil habitantes: a razón de una biblioteca pública por cada 40 mil habitantes, cuando el promedio nacional es de una biblioteca pública por cada 15 mil habitantes. ¿Cómo son esas bibliotecas en Torreón? ¿Qué dinámica manejan? ¿Realmente están abiertas al público? ¿Cuánta gente entra por semana? ¿Qué apoyos existen?

¿Cómo fomentan esas bibliotecas la lectura en las zonas donde se encuentran?

En cuestión de museos La Laguna (Torreón, Gómez Palacio y Lerdo) únicamente cuenta con 15, a razón de 1.4 por cada 100 mil habitantes, exactamente la cifra de la media nacional. Sin embargo, en Torreón prácticamente todos se hallan en el centro o primer cuadro de la ciudad. No hay uno solo en el oriente, ni al norte, ni al sur de la ciudad.

El muralista mexicano David Alfaro Siqueiros urgía a la necesidad de sacar la producción pictórica y escultórica de los museos (a los que llamaba «cementeros») y de las manos privadas, para hacer de ella, exigía, un elemento de máximo servicio público y un bien colectivo.

La cultura está en manos de unos cuantos. La limitante es que la oferta cultural, desde su planeación, formación, fomento y promoción, se halla concentrada y centralizada, primero, en el Estado, entendiéndose los gobiernos. Segundo, está en manos de patronatos generalmente dirigidos por «damas de la sociedad», como las llama sarcásticamente el actor y director de teatro mexicano, Gerardo Moscoso; a su vez, dichos patronatos dependen de recursos gubernamentales.

Bajo ese contexto de centralización de la cultura, ¿qué tenemos? Según el presupuesto de egresos de 2013, a la Secretaría de Cultura en Coahuila se le asignaron apenas 163 millones 169 mil pesos, menos del 0.5 por ciento del presupuesto total en Coahuila. En el mismo año, pero en Torreón, a la Dirección de Cultura se le destinaron menos del 0.3 por ciento del recurso local, nueve veces menos que al área de difusión de acciones de gobierno. Y eso sin mencionar que, en ambos casos (estado y municipio), la mitad de lo asignado se destina a pagar la nómina de los departamentos.

Ante la falta de voluntad de los gobiernos por apoyar las políticas culturales, la participación ciudadana se vuelve indispensable. La cultura, ya de por sí, instala nuevas formas de participación social y movilidad democrática, pues en los procesos de interac-

ción cultural las persona y los grupos van tejiendo el desarrollo humano, por lo que la participación de la sociedad se convierte en el motor para propagar nuevas prácticas de convivencia que abonen a una prevención social y una mejor dinámica en las relaciones interpersonales.

Ejemplos existen: Proyectos como el colectivo «Wacha mi barrio», que trata de cambiar las dinámicas de barrios violentos, siempre con el aderezo de la cultura; «El Chanate Móvil», un artefacto que lleva la cultura de la gráfica a los sectores obreros de la ciudad; o «Moreleando», que trata de apropiarse de una avenida que en los últimos años fue el reflejo de miedo en la sociedad, son proyectos ciudadanos que suplen la ausencia de políticas públicas.

Es por eso que la participación ciudadana resulta ser el oxígeno para una sociedad ávida de nuevas expresiones y la cultura, como medio de prevención social, es sólo un grano para propiciar espacios de participación, integración y construcción de una sociedad articulada y sostenible.

3. PARTICIPACIÓN CIUDADANA Y SISTEMA POLÍTICO MEXICANO. EL CASO DE LA LAGUNA

3.1. Reiniciar

Julieta González

Partimos de una sociedad en la cual la ambición del poder, de territorio y de venta aumenta en este mundo capitalista y globalizado. Vivimos en una colectividad que pocos han querido sanar. Muertes, asaltos a mano armada, secuestros, balaceras, droga y demás han hecho de esta sociedad una región *escamada*, con vértigo e individualista.

Las calles y avenidas son de los delincuentes, de aquellos que portan un arma y la disparan con frivolidad. Cinco años enfermos, olvidados y señalados. Mientras tanto, nuestros representantes políticos carecen de credibilidad.

El panorama es complejo: escasa alternancia partidista, un sistema en el que leyes, reformas y la misma justicia no pertenece a la sociedad trabajadora. Una región con baja inversión externa. Los gobernantes no curan de esta enfermedad a la región. Deudas, asaltos, calles inseguras y pobreza son el panorama actual. Urge un cambio.

No es fácil reiniciar —es decir, reconfigurar— una sociedad que está atemorizada. El reto es radical, más allá de anhelar la vida que había hace diez años. La tarea es generar una estructura objetiva y que se lleve a la práctica con base en la participación ciudadana; generar un sistema dinámico en el que el gobierno y la sociedad vayan de la mano. Silvia Bolos, académica de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México, señala la necesaria participación del gobierno y sociedad para la toma de decisiones y la gestión o respuesta a problemas concretos. El siglo XXI ya no es tiempo de exclusión y exterminio, sino lo contrario, de inclusión y protección de los derechos y necesidades, de salvaguardar a la sociedad.

Para reiniciar y caminar a una manera pacífica de vivir hemos de aprender a escuchar al otro. Este lazo de comunicación creará

un intercambio de ideas sociales y culturales y sobre todo, una transformación en la que la colectividad y el individuo cambiarán su manera de pensar y ver las cosas. Esta cohesión será preámbulo a una identidad basada en la participación ciudadana.

La participación ciudadana sugiere un sujeto que funja como agente activo, propositivo, generador de recursos y con la capacidad de actuar para tomar decisiones que conciernen a la sociedad en su conjunto. La participación se genera en una situación social llena de injusticias, donde los ciudadanos ponen en tela de juicio el proceso de las autoridades para desarrollar los proyectos sociales, no sólo en el nivel económico sino en los proyectos que envuelven a la ciudadanía. Todos formamos parte de la misma colectividad. El centro del desarrollo será siempre la persona.

Para entender parte de esta igualdad necesitamos entender nuestra posición ante una política que para bien o para mal nos rige; cito lo siguiente de Juan Pablo Navarrete Vela: «El sistema político mexicano ha transitado de un régimen históricamente no democrático, a uno con mecanismos que permiten participación ciudadana, competencia político-electoral y un pluralismo moderado excluyente en tres partidos predominantes».

En nuestra región no hemos encontrado la alternativa que haga patente el cambio. Y es que el PRI ha sido, y me aventuré a decir que seguirá siendo, el partido que rige en La Laguna. Quienes han sido presidentes municipales han gestionado la ciudad según los parámetros establecidos desde el capital.

Torreón sí ha vivido la alternancia, pero estas opciones tampoco han podido generar una ciudad sustentable. Nuestro sistema carece de credibilidad: injusticias, impunidad, trampas y trucos son sus componentes. La alternancia no ha cumplido las expectativas que se habían creado. Es este escenario donde ha surgido la participación ciudadana.

Nuestro sistema político carece de ideas y formas para representar debidamente a la sociedad. El Estado mexicano ha sido la arena donde la sociedad disputa sus intereses. La parte institucio-

nal y algunos grupos dialogan para atender las temáticas hechas visibles a través de la movilización social. En La Laguna la participación ciudadana ha sido el recurso para salvar a la región de la inseguridad, mantenerla limpia, llenarla de luz y sobre todo exigir los derechos de la sociedad. Laguna YO te quiero y Moreleando, de vuelta al centro, han sido un parteaguas en la transición a una sociedad participativa. Una sociedad en la que los jóvenes, las familias y cada uno de los individuos que conformamos esta región han sido afectados. Así se ha generado la convergencia de ideas e intereses donde surgen movimientos sociales. Jóvenes, adultos, comerciantes, vecinos del centro se unen y generan cambios por medio de la acción y del diálogo.

Para lograr esta cohesión hace falta la voluntad de vivir juntos. El proceso pasa por arraigar el propio patrimonio cultural, defenderlo y tener ese sentimiento de pertenencia y solidaridad. Éste valor, la solidaridad, es el punto de partida para una participación ciudadana equitativa, incluyente, que vincule y sobre todo que motive la creación de una ciudad habitable. Todo asunto, por mínimo que sea, es importante, porque forma parte del conjunto. Todo individuo ha de tener la misma oportunidad para plantear demandas al conjunto de la sociedad.

Afortunadamente, una parte de esta sociedad está cansada de vivir en la penumbra, desea tomar las calles y salir a pasear en familia, en grupo de amigos. A veces parece que se está dejando de lado el individualismo, el pesimismo y el vértigo, y que queremos dejar atrás ese lapso que nos mantuvo en casa mientras otros se adueñaban de nuestra ciudad.

Despertamos del mal sueño adoptando como bandera la solidaridad, ayudándonos unos a los otros. Los problemas no se resuelven imponiendo los propios pareceres o esperando a que otros actores de fuera lo hagan, sino a través del diálogo, la negociación, la preocupación por el otro, la solidaridad.

Téngase en cuenta también que las instituciones son el espacio para destrabar el conflicto, para evitar la imposición. La partici-

pación ciudadana no puede desprenderse de esta dimensión institucional, puesto que ella cuenta con los medios para materializar los consensos generados en el diálogo.

La acción solidaria se une con los hilos de la comunicación. El reconocimiento al interlocutor cambia el ritmo de la historia y la propuesta es el medio para generar soluciones pacíficas. Los cambios se generan por medio del diálogo.

Martin Luther King decía en 1963: «La injusticia de un lugar es una amenaza para la justicia en todas partes». No castigemos a quien no lo merece, busquemos soluciones por medio del diálogo. Participemos como ciudadanos.

3.2. Retos para la participación ciudadana

Jorge Reyes Casas

Es para mí un honor y un privilegio el poder estar enfrente de todos ustedes para ofrecerles un punto de vista de la participación ciudadana y los retos que enfrentan las personas que quieren involucrarse en temas de interés común.

Vivimos en un mundo de cambios acelerados que demandan una participación más activa y dinámica de sus ciudadanos. La participación ciudadana en nuestro país es un tema que invariablemente se ha tocado desde muchas perspectivas desde hace años, pero hoy más que nunca podemos ver que la ciudadanía está queriendo generar cambios en su entorno a través de la organización.

Sin embargo, todavía no lo es en grado suficiente. Los datos del segundo Barómetro del Centro México Avanza, que me toca coordinar, dicen que sólo un 15% de la población de la Comarca Lagunera participa en alguna asociación, movimiento y agrupación, y cuando profundizamos en este 15%, el 50% de ellos lo hace en alguna asociación política. O sea, la razón por la que participa es porque allí recibe alguna prebenda o apoyo.

Somos una sociedad apática. La cultura en México es la de no participar: todos nos quejamos, pero nada hacemos para cambiar las cosas. De acuerdo a encuestas del mismo Barómetro «...7 de 10 ciudadanos de Torreón no confían en los demás, y cuando se le pregunta a los jóvenes, este índice de desconfianza se incrementa a 8.7 de cada 10». Lo vemos cada elección, donde sólo el 54% de la población participa en elegir a sus representantes y esto en las elecciones con alta participación. De acuerdo a lo que veo, sólo un 5% se encarga de darle seguimiento a las acciones de este 54%.

Cuando me pregunto qué pasa con el otro 46%, pienso en datos de la encuesta nacional de participación ciudadana y confianza gubernamental, en la cual ilustraban el reactivo «de

si las decisiones en nuestro país eran limpias» y sólo un 17% del 100% de los entrevistados a nivel nacional decían que estaban de acuerdo.

La forma tradicional de pensar en nuestra cultura es ésta: «El sistema está mal y no puedo hacer nada para cambiarlo», entonces me quejo del sistema pero mantengo el *status quo*.

Seth Godin, autor del concepto de *mkt viral* (mercadotecnia vía redes sociales), afirma que los seres humanos somos como ovejas caminantes, medio dormidos, siguiendo instrucciones, manteniendo la cabeza baja y encajandos. Sin embargo, dice también que los grandes impulsores del cambio en nuestra sociedad son aquellos que se preguntan cosas, cosas como por qué la tierra es redonda o por qué debemos tener un emperador o un rey. Aquellos que se preguntan primero las cosas son los que hacen que los cambios se den.

Bajo este esquema yo trato de articular preguntas: ¿por qué vivimos así? ¿Qué necesitamos para cambiar?

Decía George Orwell que no es posible que una persona pensante viva en nuestra sociedad sin querer cambiarla.

La participación ciudadana tiene dos componentes fundamentales: exigir y hacer.

Exigir. Para explicar lo que quiero decir al usar este verbo, citaré el libro *El país de todos*, de Denisse Dresser, que dice lo siguiente: «Yo creo en la obligación ciudadana de vivir en la indignación permanente, criticando, denunciando, proponiendo, sacudiendo, porque los buenos gobiernos se construyen con base en buenos ciudadanos y sólo los inconformes lo son». La insatisfacción lleva a la participación; el enojo, a la contribución; el malestar hacia el *stau quo*, a la necesidad de cambiarlo.

Pero esta primera parte de la participación ciudadana se debe hacer con fundamentos, con sustento, porque de nada sirve andar por la vida quejándose de los malos gobernantes. Esta es una crítica que no suma, de hecho resta, porque genera un malestar generalizado, un hablar mal de la tierra en la que vivo, ahuyenta inversiones, genera pesimismo.

Creo en una crítica que sea medible, que sea realista. No vale de mucho andar pregonando en cenas y eventos que los servicios públicos nunca funcionan bien. La verdadera participación ciudadana busca encontrar en datos los fundamentos para poder hacer una crítica reflexiva. Esta idea intuitiva es el corazón del Centro México Avanza; su principal producto, el Barómetro, es el esfuerzo de cuatro ciudadanos comunes y corrientes que con nuestros conocimientos y esfuerzos ponemos lo que tenemos de nosotros. Elegimos exponer el sentir de la población a través de indicadores de percepción, pues estos indicadores hablan de los servicios públicos pero desde un punto de vista estadístico y esa crítica permite medir y mejorar. Esto no ha sido fácil, pero ha generado un precedente: después de un año podemos ver acciones tangibles a realizar por parte de los ayuntamientos y esta crítica ha ayudado a poner los ojos en temas que antes nadie escuchaba.

De qué sirve la experiencia, el conocimiento, el talento, si no se usa para hacer de nuestro México, nuestra Laguna un mejor lugar para vivir.

Ahí está el programa municipal Cómo vamos que busca dar seguimiento a las promesas de campaña de los candidatos y con esto verificar si tales promesas se cumplen. He coordinado este programa en la ciudad de Saltillo y es admirable ver lo que han hecho en otras localidades como Colombia o el mismo Nuevo León.

Hacer. La participación ciudadana no termina en exigir. «Hacer» se convierte en el complemento necesario para volver a México un país de ciudadanos. Un lugar poblado por personas conscientes de sus derechos y dispuestos a contribuir para defenderlos pero también para no culpar de todo al gobierno y ver su responsabilidad en resolver los problemas. Dispuestos a llevar pequeñas acciones que produzcan grandes cambios. Dispuestos a sacrificar su seguridad personal para que otros la compartan. Porque los problemas comunes son problemas de la comunidad.

Esa precisamente es la idea que está detrás de *Laguna YO te quiero*, otro movimiento que nace con diez ciudadanos comunes

y corrientes, y que buscaba contestar esta pregunta: ¿cómo puedo ayudar a mi región? De ahí surgen esas ganas por mejorar, por sumar, por crear, por cambiar el *status quo*. Y de ahí las 40,000 almas que se sumaron desde su trinchera a cambiar su región.

Que es fácil, no lo es; que la participación es la panacea, tampoco. Sin embargo, es el primer paso para ser mejores. Los problemas más difíciles por lo general tienen soluciones complejas.

No hay que perder la esperanza, porque en la esperanza es donde surgen estos movimientos. En la esperanza de tener una ciudad limpia nació «Laguna, yo te quiero»; con la esperanza de poder recuperar los espacios públicos a través de pasear en bicicletas surgió «Ruedas del Desierto»; con la esperanza de una avenida Morelos viva, surge el grupo de «Moreleando». Así hemos de preservar la esperanza de tener una Laguna con árboles, una Laguna segura, una Laguna con empleo. La esperanza es la suma de estos grandes movimientos ciudadanos.

Cambiar la realidad total de La Laguna es un planteamiento que debemos hacer todos aunque no sepamos si podremos cristalizarlo. Quisiera concluir con la frase de la escritora inglesa Margaret Meade: «Nunca dudes que un pequeño grupo de ciudadanos comprometidos y pensantes pueda cambiar al mundo, es la única cosa que lo ha hecho».

3.3. Participación ciudadana: cinco disyuntivas para el mejor ejercicio

Nahúm Ruiz Estudillo

El acceso a bienes y servicios básicos para la ciudadanía ha sido limitado para una gran mayoría que día tras día hace un esfuerzo incluso para acceder a los servicios básicos de luz, agua y drenaje.

Por obligación, el Estado debe conceder estos derechos a sus habitantes, pero ¿qué tanto la cumple?, ¿qué tanto se queda sólo en el papel? La inversión de tiempo para *un ciudadano de a pie* puede comenzar incluso al momento de tratar de identificar al *interlocutor gubernamental* con la capacidad, pero sobre todo con el interés, de dar seguimiento a las demandas y necesidades ciudadanas.

Durante muchos años en México se han creado instancias gubernamentales dedicadas a afrontar problemáticas específicas; institutos de la juventud, coordinaciones culturales, oficinas de atención a la mujer, etc., que desafortunadamente no han logrado ser organismos de enlace debido a la falta de información y al complicado sistema burocrático imperante. Pese a que las organizaciones sociales han tratado siempre de trabajar en conjunto con este tipo de instancias, la relación había parecido siempre de renuencia.

La apertura y consecuente alternancia democrática ayudó a las organizaciones sociales a agregar pluralidad a la búsqueda de soluciones a las problemáticas surgidas en cada ciudad.

De ahí la importancia de la participación ciudadana que deberá siempre perseguir un cambio social que con el paso del tiempo logre reconstruir el tejido social.

Cinco dilemas de la participación ciudadana

Primer dilema

La participación ciudadana es un componente ineludible como

forma de presión para instancias de gobierno que muchas de las veces son insuficientes para cumplir su labor. Y hacen que los problemas existentes salgan a la luz o se generen cuestiones que no se tenían contempladas: la participación genera problemas.

Versus:

La participación ciudadana surge como demanda y fenómeno social para dar solución a nuevos proyectos, círculos sociales con algún tipo de conflicto o zonas conflictivas por sí mismas: los problemas generan participación.

Segundo dilema

La participación ciudadana deberá encargarse de proyectos en específico que contribuyan al mejoramiento del ambiente social o ecológico, siempre con una meta definida y con un fin común: la reconstrucción del tejido social.

Versus:

La participación ciudadana se encarga de un proyecto específico siempre con la corresponsabilidad de atender los impactos de diversos tipos que se van generando según avanza el proyecto. Ramificando el primer equipo para así poder abarcar proyectos secundarios sin dejar de lado el objetivo primario.

Tercer dilema

La participación ciudadana deberá ser encabezada por gestores sociales, culturales, técnicos o especialistas en el ramo, quienes por la experiencia deberán definir los avances, metas y metodologías.

Versus:

La participación ciudadana deberá ser liderada por colonos o miembros de las comunidades activas que gracias a que forman parte de o conocen a fondo las complejidades pueden de una forma u otra aportar posibles soluciones aunque no sean especialistas en el tema.

Cuarto dilema

La evaluación de proyectos, el impacto de otras asociaciones y la identificación de posibles soluciones a las necesidades de la comunidad son, en sí, suficiente motivo para incorporar a la sociedad en las decisiones de relevancia local.

Versus:

La participación ciudadana debe echar mano de otras instancias para la inclusión de nuevos miembros activos, involucrados y conocedores del tema que sean aptos para tomar decisiones de relevancia.

Quinto dilema

En ciertos casos la participación ciudadana suele convertirse en un factor de riesgo para inversiones cuando se entrega la toma de decisiones a instancias no preparadas y, por lo mismo, impredecibles.

Versus:

A mediano plazo, la participación ciudadana brinda legitimidad y los proyectos ganan respeto incluso entre personas no activas en grupos de participación, se eleva el factor de sustentabilidad social, económico y cultural.

Conclusión

El concepto de participación ciudadana puede garantizar la distribución de recursos de distintos ámbitos, pero sobre todo descentraliza las decisiones y brinda oportunidad a los habitantes para que, de primera mano, tomen medidas que los ayuden a vivir mejor y convivir.

Sin embargo, las contradicciones en el manejo pueden resultar contraproducentes, llegando incluso a tomar decisiones no acertadas que lleven a la población en un retroceso.

Para que esto no suceda, la participación ciudadana deberá tener en cuenta fundamentos de acuerdo a principios democráticos básicos: pluralidad, independencia y libertad de criterio, entre otros.

4. PARTICIPACIÓN CIUDADANA E IDENTIDAD: APORTES

4.1. Participación ciudadana. Derecho de la sociedad, obligación del individuo

René Alonso Esparza Coronado

En los últimos tiempos, la participación protagónica de los ciudadanos se ha considerado un elemento indispensable de los buenos gobiernos y administraciones públicas y una pieza clave de su gobernabilidad democrática.

De este modo, parece ser indiscutible que la participación de la ciudadanía es la mejor garantía para hacer del sistema político en México una democracia. Por ello, la participación ciudadana eficaz se ha convertido, en los últimos tiempos, en la solución necesaria para corregir la disociación existente entre democracia y buen gobierno.

La participación de la ciudadanía en México parece ser que se ha visto reducida al hecho de elegir a un representante a través de un proceso dudoso de elección popular, en donde se considera ciudadano a aquel que cuente con una credencial que le permita ejercer su voto, pero que pocas veces le permite ser votado. En el modelo de democracia representativa que existe en nuestro país, pocas veces se presentan las condiciones idóneas para que cualquier ciudadano ejerza su derecho electoral, puesto que si alguien desea ocupar algún cargo público necesita ganar la elección y para ello, aunque no es obligatorio, pero sí necesario, requiere ser miembro de un partido político que lo respalde y le brinde una publicidad lo bastante insistente para que sea electo para ejercer este cargo público.

A decir verdad, la democracia de nuestro país presenta déficits lo bastante marcados como para asegurar que no se ejerce de manera plena este derecho, pues podemos elegir de entre los candidatos, más no a postularlos. Esa es tarea de los partidos políticos. Nuestro sistema democrático en sí no presenta las condiciones adecuadas para considerar que quien resulte ganador es el que la mayoría de

los votantes ha elegido, pues se considera ganador de un puesto público a quien obtenga la mayoría de los votos. Esta situación no considera que en algunos pueblos indígenas no se cuente con el requisito jurídico de una credencial de votante por parte de sus pobladores, o en su defecto no todos los mexicanos en potencia de ser electores no lo hagan, asumiendo una postura apolítica e incluso antipolítica. Además tenemos el caso de quien omite su voto anulando la boleta, lo que es similar a no ejercer este derecho.

Hasta aquí he abordado el tema del voto y lo hago en la medida en que se ha reducido la participación ciudadana a un momento fugaz de no más de cinco minutos en la que sólo se raya un nombre, en la que se es como lo marca la credencial del votante: un mero elector y no en un agente de toma de decisiones públicas de su comunidad. Hoy más que nunca nuestro país, y en concreto la Comarca Lagunera, requiere de ciudadanos a los que no los identifique una credencial o su afiliación a un partido político, que no se considere lagunero por ser de tal o cual ciudad.

Ante las transformaciones económicas, políticas y sociales que México tiene día tras día y de las cuales muchas han favorecido la construcción de la democracia, se necesita que nosotros como ciudadanos no seamos meros espectadores de los sucesos sino, de manera urgente, que seamos responsables de la construcción de nuestro propio país, es decir, sentirnos dueños del territorio que nos pertenece y con ello ejercer de manera activa nuestro derecho a participar de las decisiones que competen a todo un país.

Este sentido de responsabilidad se ha de adquirir con base en que cada uno sea capaz de tomar conciencia de su condición de individuo concreto, capaz de decir quién es y qué hacer. México ya no necesita de más ciudadanos vasija, hombres que sólo reciben y asumen la cómoda postura del «así se ha hecho siempre», del «qué le podemos hacer» y del «eso no me toca a mí», entre otras muchas expresiones que sólo reflejan el grado de responsabilidad social que tenemos: un grado mínimo, que raya en lo absurdo, pues cada quien debe «rascarse con sus propias uñas».

Ciertamente nos quejamos y criticamos el sistema político del país, pero no toda la culpa es del sistema y/o de quienes lo controlan, sino que es una responsabilidad conjunta, donde la ciudadanía no se limite al solo hecho de votar, sino a todas las dimensiones implicadas en el ejercicio de sus derechos y obligaciones como habitante de una sociedad.

Ejercer la participación ciudadana no es jugar a ser lagunero ni es cimentar en euforias futboleras una identidad, mucho menos es creer que por estar indignados en las redes sociales hacemos un excelente uso de nuestro derecho. Entonces, ¿qué es la participación ciudadana de la que tanto hemos hablado? La participación ciudadana no es más que el ejercicio libre y responsable de la construcción de la sociedad que nos rodea, y en el hecho de construirla no podemos quedar satisfechos con la inconformidad ni con la queja cotidiana, puesto que nos podemos quejar, pero de qué sirve esto si no hay un compromiso público; de qué sirve pertenecer a un grupo elitista y excluyente que busca la paz cuando no se es capaz siquiera de estar en armonía consigo mismo; de qué sirve denunciar a través de las redes sociales escudados detrás de una pantalla, cuando los que realmente nos necesitan ni siquiera tienen acceso a internet; de qué sirve todo esto si no hay un compromiso; ¿acaso sólo es un medio para apacentar conciencias?

El gobierno incluye poco a la ciudadanía en la toma de decisiones; sin embargo, si ni siquiera esas pocas oportunidades se aprovechan, no podremos salir pronto de esta circunstancia.

En suma, debemos cultivar la conciencia de la responsabilidad y el compromiso con todos.

4.2. *La identidad lagunera en construcción*

Braulio Gerónimo Loera de la Cruz

A través de los distintos medios de comunicación es posible enterarse de tantos sucesos como puedan imaginarse. Es preciso aclarar que no sólo el aspecto social es importante. Existen aspectos de un determinado lugar y contexto que han de considerarse para generar discusiones que inviten a la reflexión personal. Por mencionar algunos, serían la educación, el desarrollo humano, la política, la ecología, la pobreza, la discriminación de géneros, la religión, entre otros.

El tema de la identidad ciudadana no se queda atrás. Una identidad de este tipo se refiere al conocimiento y conciencia acerca del lugar en que se radica y habita; de sus habitantes, su estilo de vida, su economía y, obviamente, lo que encierra tantos aspectos más, como son el lenguaje, la gastronomía, tradiciones y costumbres, idiosincrasia, historia, religión y, claro está, su situación actual: que comúnmente se refiere a problemas que alcanzan al individuo y a la sociedad. Lo anterior hace referencia a la cultura.

Mucho se ha relacionado este término con la cuestión del conocimiento del arte, la música, el folclor y demás expresiones estéticas. Si bien dichas actividades se caracterizan más por aspirar al desarrollo de hábitos intelectuales y artísticos, en el momento que son aceptadas y aprehendidas pasan a ser rasgos de la comunidad que las ha recibido.

La geografía parece ser estática, de tal modo que no es tan difícil describirla como rasgo de identidad. Pero si pasamos al aspecto de mentalidad, de cosmovisión, de historia, las suposiciones que se tengan para explicar la identidad de un lugar quedarán cortas.

Actualmente, la Comarca Lagunera, como tantos lugares más de la República Mexicana, se ha visto afectada por distintos factores que han ido transformando su identidad. Si se hace memoria,

no hace muchos años las personas transitaban tranquilamente por las calles e incluso a altas horas de la noche. Diversas empresas (maquiladoras, por citar un ejemplo) que eran fuentes de empleo han dejado de serlo o han tenido que dejar de funcionar. Las regiones aledañas a la ciudad se han visto afectadas, sobre todo las de giro agrícola y ganadero. La cantidad de jóvenes no estudiantes ha aumentado junto con el desempleo, por lo que cada vez es más común la economía informal.

Por todo, resulta pertinente preguntarnos por la identidad de la Comarca Lagunera y sus habitantes, en qué ha cambiado a lo largo de este período, qué proyección tiene nacionalmente y, si la hay, qué proyección tiene en el extranjero.

SOBRE LOS AUTORES

Diana Cecilia Torres Álvarez

Licenciada en Comunicación Organizacional, Máster en Comunicación Política e Institucional por el Instituto Universitario de la Fundación Ortega y Gasset en Madrid, España, y actualmente está haciendo su investigación para obtener el doctorado en Ciencias de la Información por el mismo instituto y la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido profesora universitaria e investigadora en diversas universidades desde 2005. Es periodista y editora en medios de comunicación impresos, así como conductora y columnista radiofónica. Fundadora del Centro de Investigaciones México Avanza y participante activa en movimientos sociales como «Renacer lagunero» y «Laguna, yo te quiero».

David Pérez Ortiz

Licenciado en Filosofía por la Universidad Vasco de Quiroga de Morelia, Bachiller en Teología por el Seminario de la Diócesis de Torreón y actualmente es parte del equipo de formadores de esta institución. Fue ordenado sacerdote el 18 de octubre de 2011. A la fecha estudia la maestría en Historia Contemporánea en la Ibero Torreón.

Fabiola Favila Gallegos

Comunicóloga por la Universidad Iberoamericana Torreón. Tiene una maestría en Procesos Educativos por la misma universidad. Desde que inició su trabajo en el área de educación ha participado en diversos cursos en la UNAM, en seminarios de museología y congresos CECA-ICOM. Ingresó al Museo Arocena en el año 2002, cuando apenas se gestaba como proyecto. Desde hace ocho años es responsable del área de Comunicación Educativa del mismo museo. Coordina diferentes programas educativos así como el voluntariado y servicio social. Ha sido docente en las materias de Museos y Gestión Cultural en diversas universidades. También colabora en la asociación «OrguYOlagunero».

Francisco Rodríguez Lozano

Licenciado en Comunicación por la Universidad La Salle Laguna. Tiene nueve años de experiencia en el periodismo. Trabajó para la *Revista de Coahuila* durante tres años y actualmente es corresponsal en La Laguna del periódico *Vanguardia* de la ciudad de Saltillo, donde cubre diversas fuentes en la región. Realiza reportajes de investigación para el suplemento *Semanario* del mismo diario. Fue becario de la Sociedad Interamericana de Prensa. Ha obtenido el Premio Estatal de Periodismo, ha recibido mención honorífica en el Premio Nacional de Periodismo Ambiental 2010 y el Premio Nacional de Periodismo Rostros de la Discriminación 2012. Actualmente también se desempeña como corresponsal en Coahuila para W Radio México y colabora para la revista *Diez4* de Tijuana.

Julieta González

Inició su labor periodística en el 2006 en el periódico universitario *Entre todos*; después se integró a diferentes proyectos radiofónicos, medio que le apasiona y al que le dedica todas sus energías. En 2012 entró al equipo de Lobos FM como locutora y desde 2014 integra el equipo de Radiorama como parte de los locutores de Los 40 Principales.

Jorge Reyes Casas

Licenciado en Mercadotecnia. Desde el 2004 es profesor de materias relacionadas con su área en varias universidades de la región. Se desempeña como Presidente de AEME Asesores en Mercadotecnia, consultora especializada en marketing e investigación de mercados, integrante de RVOX, red latinoamericana de empresas independientes de investigación. Es miembro fundador del Centro de Investigación México Avanza, iniciativa ciudadana conformada por académicos y analistas en el área de comunicación, mercadotecnia, economía y política. Este centro es el responsable de la publicación del Barómetro Social desde febrero del 2012. Es consejero fundador de la asociación «Laguna, yo te quiero» y líder

de la comisión de mercadotecnia de dicha organización. Participa también en el programa *Contextos* de Grem 91.1 con su espacio Contexto de la Mercadotecnia y en el noticiero de Ángel Carrillo con el espacio La Encuesta.

Nahúm Ruiz Estudillo

Licenciado en Comunicación por la Universidad Autónoma de Durango. Ha desarrollado su trayectoria en diversos medios, especializándose en radio. Trabaja para la red Lobos FM y actualmente es director de la sucursal en La Laguna de esa estación, en Gómez Palacio.

René Alonso Esparza Coronado

Estudiante del IV semestre de la licenciatura en Filosofía en el Seminario de la Diócesis de Torreón.

Braulio Gerónimo Loera de la Cruz

Estudiante del IV semestre de la licenciatura en Filosofía en el Seminario de la Diócesis de Torreón.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

En torno a la participación ciudadana ~ 5

1. LA IDENTIDAD LAGUNERA EN CONSTRUCCIÓN

1.1. *La participación ciudadana, un asunto público pero no de todos / Diana Cecilia Torres Álvarez ~ 9*

1.2. *Propuesta de paradigmas de cohesión social en la Comarca Lagunera / David Pérez Ortiz ~ 15*

2. CULTURA Y PREVENCIÓN SOCIAL

2.1. *La cultura como medio de prevención social: alcances y límites / Fabiola Favila Gallegos ~ 23*

2.2. *Alcances y límites de la cultura como medio de prevención / Francisco Rodríguez Lozano ~ 29*

3. PARTICIPACIÓN CIUDADANA Y SISTEMA POLÍTICO MEXICANO. EL CASO DE LA LAGUNA

3.1. *Reiniciar / Julieta González ~ 35*

3.2. *Retos para la participación ciudadana / Jorge Reyes Casas ~ 39*

3.3. *Participación ciudadana: cinco disyuntivas para el mejor ejercicio / Nahúm Ruiz Estudillo ~ 43*

4. PARTICIPACIÓN E IDENTIDAD: APORTES

4.1. *Participación ciudadana. Derecho de la sociedad, obligación del individuo / René Alonso Esparza Coronado ~ 47*

4.2. *La identidad lagunera en construcción / Braulio Gerónimo Loera de la Cruz ~ 51*

SOBRE LOS AUTORES ~ 53

Cohesión social e identidad, tercer número de la colección DGente, fue elaborado en Celsa Impresos en mayo de 2014. Su tiraje constó de 300 ejemplares. La edición estuvo al cuidado del Centro de Difusión Editorial de la Ibero Torreón.

Colección

DGEnte Ibero Torreón

Cuadernos de la Dirección General Educativa

